AP60
R48
v.27
(Jan.-Mar., 1930

Año VIII N.° LXXIX

Revista de Occidente

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
RIVERSIDE

Director:
José Ortega y Gasset



Sumario

Bertrand Russell: *Lugar del amor en la vida humana* * Benjamín Jarnés: *Teoría del zumbel* * K. Olbricht: *Clima y evolución* * Jaime Torres Bodet: *«Close-up» de Mr. Lehar.*

NOTAS.—Fernando Vela: *De la mosca al hombre* * Emilio García Gómez: *Corina y las musas tudescas* * Antonio Espina: *Ramón Fernández: La vie de Molière* * Juan Chabás: *Ludwig: «Napoleón»* * *Libros recibidos.*

Precio: 3,50 Madrid Enero 1930

AUG 2 5 1959

Lugar del amor en la vida humana *

EN casi todas las sociedades prevalece, respecto del amor, una actitud muy curiosa. Tiene dos caras: de una parte, el amor es el tema principal de la poesía, de la novela y del teatro; y de otra, los sociólogos más serios lo ignoran por completo y no lo incluyen en sus planes de reforma política y social. Opino que esta actitud no es justificable. Considero que el amor es una de las cosas más importantes en la vida humana, y me parece malo todo sistema que coarta sin necesidad su desenvolvimiento libre.

El amor, en la acepción propia del vocablo, no denota cualquiera ni todas las relaciones entre los sexos, sino tan sólo una, que implica emoción considerable, relación psicológica tanto como física. Puede alcanzar un grado de intensidad indecible. Las

* Publicamos un capítulo del libro del filósofo Bertrand Russell *Marriage and Moral*, que con el título de *Vieja y nueva moral sexual* publicará la Editorial «España» en próxima fecha.

emociones que se expresan en *Tristán e Iseo* concuerdan con la experiencia de incontables hombres y mujeres. La facultad de dar expresión artística a la emoción de amor es rara, pero no lo es la emoción misma, al menos en Europa. En unas sociedades es mucho más común que en otras, y eso depende, a mi parecer, no de la naturaleza de los individuos, sino de sus convenciones e instituciones. En China es raro el amor, y en la historia es característico de los emperadores malos que se dejen seducir por concubinas perversas; la cultura china tradicional reprobaba todas las emociones fuertes, y consideraba que el hombre debe mantener en toda circunstancia el imperio de la razón. En esto se parecía a nuestro siglo XVIII, en sus comienzos. Nosotros, que tenemos a la espalda el movimiento romántico, la Revolución francesa y la Gran guerra, estamos advertidos de que la parte de la razón en la vida humana no es tan preponderante como se suponía durante el reinado de la reina Ana. La razón misma se ha hecho traición al crear la doctrina del psicoanálisis. En la vida moderna, las tres actividades extra-racionales de más monta son: la religión, la guerra y el amor; las tres son extra-racionales, pero el amor no es antirracional, es decir, que un hombre razonable puede, razonablemente, gozar de su existencia. Existe en el mundo moderno cierto antagonismo entre la religión y el amor. No pienso que este antagonismo sea inevitable; se debe tan sólo al hecho de que la religión cristiana, a semejanza de algunas otras, se arraiga en el ascetismo.

En el mundo moderno, sin embargo, el amor tiene un enemigo más peligroso que la religión, y es el evangelio del trabajo y del triunfo económico. Se afirma generalmente, y por modo especial en los Estados Unidos, que un hombre no debe consentir que el amor le coarte en su carrera, y que si lo consiente es necio. Pero en esto, como en todos los negocios humanos, es necesario el equilibrio. Sería insensato, aunque en algunos casos pueda ser de un heroísmo trágico, sacrificar enteramente la carrera al amor, pero es igualmente insensato y de ningún modo heroico, sacrificar el amor a la carrera. Así sucede, no obstante, y sucede inevitablemente, en una sociedad organizada sobre la base de una rebatiña universal del dinero. Considérese la vida del hombre de negocios típico en nuestros días, especialmente en los Estados Unidos: desde que empieza a ser mayorcito, consagra sus mejores pensamientos y lo mejor de su energía al triunfo económico; todo lo restante son simples pasatiempos sin importancia. En la juventud, satisface de tiempo en tiempo sus necesidades físicas con prostitutas; se casa pronto, pero sus quehaceres son totalmente distintos de los de su mujer, y nunca logra una verdadera intimidad con ella. Llega a casa tarde y fatigado de su oficina; por la mañana, sale antes que su mujer se despierte; gasta el domingo en jugar al *golf*, porque necesita hacer ejercicio para estar en disposición de continuar la lucha por el dinero. Los quehaceres de su mujer le parecen esencialmente femeninos, y aunque los apruebe, no hace la menor intención de interesarse en ellos. No tiene tiempo para

amores ilícitos, como tampoco lo tiene para el amor conyugal, aunque puede, claro está, en ocasiones y de paso que sale para algún negocio, visitar a una prostituta. Probablemente, su mujer es fría en amor, cosa que no es maravilla, porque el marido no tiene tiempo de enamorarla. Subconscientemente, el marido está descontento, y no sabe por qué. Ahoga en el trabajo su descontento, y a veces en otras ocupaciones menos recomendables, por ejemplo, buscando el sádico placer derivado de asistir a un boxeo, o persiguiendo a los radicales. Su mujer, igualmente insatisfecha, encuentra una salida en la cultura de segundo orden, y en fomentar la virtud, molestando a todos los que llevan vida generosa y libre. De esta manera, la falta de satisfacción sexual se convierte en odio al género humano, bajo el disfraz del espíritu público y de un tipo de moral muy elevado. Esta situación tan desdichada se debe grandemente a la concepción errónea de nuestras necesidades sexuales. Al parecer, San Pablo pensaba que lo único necesario en un matrimonio era la oportunidad para el comercio sexual, y esta idea ha sido, en general, mantenida por la doctrina de los moralistas cristianos. Su aversión al sexo, los ha cegado respecto de los rasgos más finos de la vida sexual, de donde resulta que quien ha recibido esa enseñanza en su juventud, va por el mundo sin ver lo mejor de sus propias facultades. El amor es mucho más que el deseo sexual; es el medio principal de librarse de la soledad que aflige a casi todos, hombres y mujeres, durante la mayor parte de su vida. Las más de las personas, en lo profundo de

su ser, sienten miedo del mundo insensible, y de la crueldad que puede venir de la grey; y sienten ansia de afectos disimulada por la aspereza, la rusticidad o las maneras arriscadas en los hombres, y por las murmuraciones y los regaños en las mujeres. El amor pasional correspondido, mientras dura, colma ese sentimiento; derriba las fuertes murallas en que el yo está encastillado, y produce un ser nuevo, compuesto de dos en uno. La naturaleza no ha formado al ser humano para que viva solo, ya que no puede cumplir sus fines biológicos sino con ayuda ajena; y la gente civilizada no puede satisfacer el instinto sexual sin amor. El instinto no se satisface por completo a menos que la totalidad del ser, mental y físico, entre en la relación. Los que no han conocido la profunda intimidad y la intensa asociación de un amor correspondido y dichoso, se han perdido lo mejor que puede dar de sí la vida; así lo entreven, más o menos conscientemente, y la decepción resultante los inclina a la envidia, a la opresión y la crueldad. Por tanto, los sociólogos deberían tratar esta cuestión, y conceder al amor pasional el puesto que le corresponde, pues los hombres y las mujeres que marran esa experiencia no alcanzan en lo moral toda su talla y no pueden sentir hacia el resto del mundo ese generoso celo sin el que sus actividades sociales serán casi de seguro dañosas.

Hombres y mujeres, en su gran mayoría, y dadas las condiciones pertinentes, sentirán el amor pasión en algún período de su vida. Para los inexpertos es difícil distinguir la pasión de amor del mero apetito sexual; tal es el caso, especialmente para las

muchachas que se dicen bien educadas, a quienes se les hace creer como posible que no les gustaría besar a un hombre, a menos de estarle enamoradas. Si una muchacha ha de llegar virgen al matrimonio, ocurrirá muy a menudo que se deje prender en una atracción sexual pasajera y fútil, que una mujer con experiencia distinguiría fácilmente del amor. Esto ha sido, sin duda alguna, causa frecuente de matrimonios desgraciados. Incluso cuando existe el amor correspondido, puede envenenarlo la creencia, ya del uno, ya del otro, de que es pecaminoso. Es claro que esa creencia puede tener fundamento. Por ejemplo, Parnell pecó indudablemente al cometer adulterio, porque de ahí vino el retrasar por muchos años la realización de las esperanzas de Irlanda. Pero el amor se envenena lo mismo, aunque el sentimiento de pecado carezca de fundamento. Si el amor ha de dar todo el bien de que es capaz, debe ser libre, generoso, sin trabas y de todo corazón.

La significación pecaminosa que una educación convencional confiere al amor, incluso al amor dentro del matrimonio, obra a menudo subconscientemente en los hombres como en las mujeres, y en aquellos cuyas opiniones conscientes son libres como en los que se adhieren a las tradiciones rancias. Varios son los efectos de esta actitud: muy a menudo hace al hombre brutal, basto y antipático en su modo de amar, puesto que no le lleva a explicarse lo bastante para comprobar los sentimientos de la mujer, ni puede dar el valor adecuado a la aproximación gradual del acto último, gradación esencial para el goce

en la mayoría de las mujeres. No perciben que si la mujer deja de experimentar placer, la culpa es del amante. Las mujeres educadas convencionalmente ponen muy a menudo cierto orgullo en la frialdad, en una gran reserva física, y en mostrarse reacias a otorgar con facilidad su secreto corporal. Es probable que un amante hábil pueda vencer esas timideces, pero un hombre que las respeta y las admira como señales de virtud en la mujer, no es verosímil que las venza, de donde resulta que, incluso después de muchos años de matrimonio, las relaciones de marido y mujer sigan siendo constreñidas y más o menos ceremoniosas. En tiempo de nuestros abuelos el marido no podía pensar en ver desnuda a su mujer, y la mujer se hubiera horrorizado con sólo pensarlo. Esta actitud es aún mucho más común de lo que se piensa, e incluso entre los que han rebasado ese punto persisten muchas de las restricciones antiguas.

En el mundo moderno hay otro obstáculo más psicológico para el desarrollo pleno del amor, y es el temor que muchas personas sienten de no conservar intacta su individualidad. Es un terror insensato, y de preferencia moderno. La individualidad no es un fin en sí; es algo que debe entrar en contacto fructuoso con el mundo, y al hacerlo así, debe perder su inconexión. Una individualidad guardada en una caja de cristal, se marchita, mientras que gastándose libremente en el comercio humano, se enriquece. El amor, los hijos y el trabajo son las grandes fuentes del contacto fertilizador entre el individuo y el resto del mundo. Cronológicamente, el amor suele ser el pri-

mero. Además, el amor es de esencia para el mejor desenvolvimiento del afecto paternal, puesto que el hijo puede y suele reproducir las características del padre y la madre, y si éstos no se quieren, cada uno querrá gozar únicamente de sus rasgos propios cuando los ven reproducidos en el hijo, y se dolerá de ver reproducidos los del otro. El trabajo no siempre es capaz de poner al hombre en fructuoso contacto con el mundo exterior. Que lo ponga o no, depende del ánimo con que se acomete el trabajo. Si el motivo es solamente pecuniario, el trabajo no puede tener ese valor; lo tiene no más el trabajo que incorpora cierta suma de devoción, sea por las personas, por las cosas, o meramente por una quimera. Para que pueda alcanzar la calidad de que venimos hablando, es preciso que el amor sienta que el yo de la persona amada es tan importante como el propio, y que se despose con los sentimientos y deseos del otro como con los propios. Es decir, que debe haber una extensión instintiva, y no meramente consciente, del sentimiento egoísta, hasta abarcar lo mismo a la persona del otro. Nuestra sociedad, competidora y combativa, hace muy difícil todo esto, y en razón además del insensato culto de la personalidad, derivado en parte del protestantismo y en parte del movimiento romántico.

El amor, en la acepción seria que venimos examinando, se halla expuesto a un nuevo peligro entre la gente moderna emancipada. Cuando la gente deja de sentir toda barrera moral opuesta a las relaciones sexuales, y se deja ir a ellas en cualquier ocasión al

impulso más leve, va adquiriendo el hábito de disociar el sexo de las emociones serias y de los sentimientos afectuosos; puede incluso asociarlo con sentimientos de odio. Las novelas de Aldous Huxley son la mejor ilustración de este caso. Sus personajes, como San Pablo, consideran la relación sexual meramente como un acto fisiológico; desconocen los muy altos valores con que puede asociarse. De tal actitud a resucitar el ascetismo, no hay más que un paso. El amor tiene sus ideales propios, y su tipo de moral intrínseco. Los oscurecen por igual la doctrina cristiana y la confusa rebelión contra toda moralidad sexual que ha surgido entre grupos muy considerables de la generación más joven. La relación sexual, divorciada del amor, no puede aportar ninguna satisfacción profunda al instinto. No quiero decir que eso no ocurra nunca, porque para asegurarlo tendríamos que levantar barreras tan rígidas, que el amor mismo sería muy difícil. Lo que digo es que la relación sexual aparte del amor, vale poco, y debe considerarse primariamente como un experimento con vistas al amor.

Los títulos del amor para que se le reconozca un puesto en la vida humana son, como hemos visto, muy grandes. Pero el amor es una fuerza anárquica que si se la deja libre, no respetará los límites puestos por la ley o la costumbre. Todo esto puede no ser de gran importancia mientras no hay hijos de por medio. Pero en cuanto aparecen los hijos, entramos en una región diferente, donde el amor deja de ser autónomo para servir los designios biológicos de la

especie. Se necesita una ética social relativa a los hijos, que pueda, donde surja el conflicto, refrenar los derechos de la pasión de amor. Una ética prudente reducirá, sin embargo, al mínimo ese conflicto; no sólo porque el amor es bueno en sí mismo, sino porque es bueno para los hijos cuando sus padres se aman. Uno de los propósitos principales de la ética sexual prudente, será intervenir en el amor tan poco como sea compatible con los intereses de los hijos.

Bertrand Russell.

Teoría del zumbel

El peón es verde con rayas amarillas. El niño enrolla despacito el cordel y, con brío, lo lanza al pavimento. Como las losas están limpias y el zumbel es largo, el peón gira algún tiempo, azuzado por el rapaz. Al fin, languidece, cabecea torpe, ya sin ímpetu, muere. El niño vuelve a su juego... El peón sigue girando mientras el capricho infantil dura.

AQUÍ está—tendido a lo largo de un montón de cartas, de prospectos, de guías, de periódicos—, vena azul, río azul, impaciente, brusco latido, entre quietas márgenes blancas, ocres, donde se mustia la menuda flora roja, violeta, de los timbres, hollada por el tránsito negruzco del rodillo postal: un telegrama.

«Urge su presencia consejo mañana. Pánico Bolsa. Quiebra inevitable.—*Luis.*»

Saulo contempla azorado el telegrama, incapaz de organizar un ejército de ideas, de planes, un solo pensamiento contra el cínico ataque. Se ovilla, se enrosca bajo la maza que acaba de golpearle el crá-